

tas, filósofos no hacen sino simbolizar en sus obras las ideas de la nueva creencia.

Cuando una fe cualquiera, religiosa ó política, ha triunfado, no solamente no puede nada la razón sobre ella, sino que ésta última siempre encuentra motivos para interpretarla, justificarla y lograr de imponerla. Probablemente existían tantos oradores y teólogos en tiempo de Moloch, para probar la utilidad de los sacrificios humanos, como en otras épocas hubo para glorificar la Inquisición, la Saint-Barthélemy y las hecatombes del Terror.

No debe esperarse ver los pueblos, poseedores de arraigadas creencias, elevarse fácilmente á la tolerancia. Los únicos que la alcanzaron en el mundo antiguo fueron los politeístas. Las naciones que la practican en los tiempos modernos son aquéllas que igualmente podrían ser calificadas de politeístas, ya que, como Inglaterra y América, están divididas en innumerables sectas religiosas. Bajo idénticos nombres adoran en realidad dioses bastantes diferentes.

La multiplicidad de creencias que crea su tolerancia, acaba por crear también su debilidad. Nos hallamos en presencia de aquel problema psicológico no resuelto hasta aquí: poseer una creencia fuerte y tolerante á la vez.

La breve exposición que precede ha puesto de relieve el papel considerable desempeñado por las revoluciones religiosas, y mostrado al propio tiempo la potencia de las creencias. A pesar de su débil valor racional, conducen la historia é impiden á los pueblos ser un polvo de individuos sin fuerza ni cohesión. El hombre tuvo necesidad de ellas en todas las edades para orientar sus pensamientos y guiar su conducta. Ninguna filosofía ha conseguido todavía reemplazarlas.

### CAPÍTULO III

#### Papel de los gobiernos en las revoluciones.

##### § 1.—DÉBIL RESISTENCIA DE LOS GOBIERNOS EN LAS REVOLUCIONES.

Muchos pueblos modernos, Francia, España, Bélgica, Italia, Austria, Polonia, Japón, Turquía, Portugal, etc., han sufrido revoluciones desde hace un siglo. Se caracterizan lo más á menudo por su carácter instantáneo y por la facilidad con que sucumbieron los gobiernos atacados.

El carácter instantáneo se explica fácilmente por la rapidez del contagio mental, debido á los modernos procedimientos de publicidad. La débil resistencia de los gobiernos es más sorprendente. Implica ésta, en efecto, por su parte, una incapacidad total para no comprender ni querer nada, creada por una ciega confianza en su fuerza.

La facilidad con que caen los gobiernos no es tampoco un fenómeno nuevo. Más de una vez se ha comprobado, no sólo en un régimen autocrático, siempre derrotado por una conspiración palaciega, sino también por gobiernos perfectamente informados por medio de la prensa y sus agentes del estado de la opinión.

Entre estas caídas instantáneas, una de las más

sorprendentes es la que siguió á las Ordenanzas de Carlos X. Este monarca fué, como es sabido, destronado en cuatro días. Su ministro Polignac no había tomado ninguna medida de defensa, y el rey se creía tan cierto de la tranquilidad de París, que se había marchado de caza. El ejército no le era por ningún concepto hostil, como en tiempos de Luis XVI; pero las tropas, mal mandadas, se desbandaron ante los ataques de algunos insurgentes.

El destronamiento de Luis Felipe fué todavía más típico, porque no procedió de ningún acto arbitrario por parte del soberano. Este monarca no estaba rodeado de los odios que acabaron por envolver á Carlos X, y su caída fué consecuencia de un insignificante tumulto, muy fácil de sofocar.

Los historiadores, que no comprenden que un gobierno sólidamente constituido, apoyado sobre un ejército imponente, puede ser derrotado por algunos amotinados, atribuyeron, naturalmente, á causas profundas la caída de Luis Felipe. En realidad, la incapacidad de los generales encargados de defenderle, fué el verdadero motivo.

Siendo este caso uno de los más instructivos que se pueden citar, bien merece que nos detengamos un instante. Ha sido perfectamente estudiado por el general Bonnal, de acuerdo con las notas de un testigo ocular, el general d'Elchingen. 36.000 hombres de tropa hallábanse entonces en París, pero la incapacidad y debilidad de los jefes impidió el que fueran utilizados. Las contraórdenes se sucedían, y, finalmente, se prohibió á la tropa que disparara sobre el pueblo, permitiendo á las gentes, y nada fué tan peligroso, que se mezclaran con los soldados. El motín triunfó entonces sin combate y obligó al rey á abdicar.

Aplicando al precedente caso nuestras investigaciones sobre la psicología de las multitudes, el general Bonnal muestra con cuánta facilidad pudo ser dominado el motín que destronó á Luis Felipe. Prueba principalmente que si los jefes no hubiesen perdido en absoluto la cabeza, una fuerza insignificante hubiera impedido que los insurgentes invadiesen la Cámara de los Diputados. Esta, compuesta de monárquicos, hubiera proclamado rey, seguramente, al Conde de París, bajo la regencia de su madre.

Análogos fenómenos se produjeron en las revoluciones, de las que España y Portugal fueron teatro.

Estos hechos muestran el papel de las pequeñas circunstancias accesorias en los grandes acontecimientos, y prueban que no debe hablarse demasiado de las leyes generales de la historia. Sin el motín que destronó á Luis Felipe, tal vez no hubiésemos tenido nunca ni la República de 1848, ni el segundo Imperio, ni Sedán, ni la invasión, ni la pérdida de Alsacia.

En las revoluciones de que acabo de hablar, el ejército no constituyó ningún auxilio para los gobiernos, pero tampoco se volvió contra ellos. Algunas veces ocurre lo contrario. A menudo es el ejército el que hace, como en Portugal y Turquía, las revoluciones. Por él, igualmente, se hacen las innumerables revoluciones de las repúblicas latinas de América.

Cuando el ejército hace una revolución, los nuevos gobernantes caen, naturalmente, bajo su dominio. Anteriormente ya recordé que así ocurrió en los últimos tiempos del Imperio romano, cuando los emperadores eran destronados por los soldados.

El mismo fenómeno se observa á veces también en los tiempos modernos. El siguiente extracto de un periódico á propósito de la revolución griega, muestra lo que llega á ser un gobierno dominado por su ejército:

«Se anuncia un día que van á dimitir 80 oficiales de marina si el Gobierno no coloca en situación de retiro á los jefes por ellos condenados. Otro, son los obreros agrícolas de una granja perteneciente al príncipe real, que piden el repartimiento de las tierras. La marina protesta contra el ascenso prometido al coronel Zorbas. El coronel Zorbas, después de una semana de transacciones con el teniente Typaldos, trata de potencia á potencia con el presidente del Consejo. Durante todo este tiempo, la Federación de las corporaciones afronta á los oficiales de marina. Un diputado pide que dichos oficiales y sus familias sean tratados como ladrones. Cuando el comandante Miaoulis dispara sobre los rebeldes, los marinos que primeramente habian obedecido á Typaldos vuelven á su deber. No es ya la Grecia armoniosa de Pericles y Temístocles. Es un horrible campo de Agramante.»

Una revolución no puede hacerse sin el concurso ó al menos la neutralidad del ejército, pero ocurre generalmente que el movimiento comienza ajeno á él. Así ocurrió en las revoluciones de 1830 y de 1848, y después en la de 1870, que acabó con el Imperio á continuación de la humillación sufrida en Francia por la capitulación de Sedán.

La mayoría de las revoluciones estallan en las capitales y se extienden por vía de contagio por todo el país; pero esto no constituye una regla fija. Sabido es que durante la Revolución francesa, la Vendée, Bretaña y el Mediodía se sublevaron espontáneamente contra París.

## § 2.—CÓMO PUEDE TRIUNFAR DE LAS REVOLUCIONES LA RESISTENCIA DE LOS GOBIERNOS.

En la mayoría de las revoluciones anteriormente enumeradas, hemos visto sucumbir los gobiernos por su debilidad. Desde el momento que los hieren, caen.

La Revolución rusa prueba que un gobierno que se defiende con energía, puede acabar por triunfar.

Jamás revolución alguna fué tan amenazadora para un gobierno. Á continuación de los desastres sufridos en Oriente y de las durezas de un régimen autocrático opresor en exceso, todas las clases sociales, incluidas una parte del ejército de la flota, se habían sublevado. Los empleados de ferrocarriles, de correos y de telégrafos, estaban en huelga, y, por consiguiente, hallábanse interrumpidas las comunicaciones entre las diversas partes de aquel imperio gigantesco.

La clase rural, que formaba la mayoría de la población, comenzaba á padecer la influencia de la propaganda revolucionaria. La vida de los campesinos era además bastante miserable. Veíanse obligados, con el sistema del Mir, á cultivar las tierras sin poder adquirirlas. El gobierno resolvió atraerse inmediatamente esta numerosa categoría de campesinos por su transformación en propietarios. Leyes especiales obligaron á los señores á vender á los campesinos una parte de sus propiedades, siendo creados al propio tiempo Bancos destinados á prestar á los adquirentes los fondos necesarios para pagar las tierras. Las sumas prestadas habian de ser reembolsadas en pequeñas anualidades, deducidas de los productos de la renta de las cosechas.

El gobierno, seguro de la neutralidad de los agricultores, pudo combatir á los fanáticos que incendiaban ciudades, arrojaban bombas sobre la multitud y habían emprendido una lucha sin piedad. Todos los que pudieron ser capturados, perecieron. Este exterminio es el único método descubierto desde los tiempos más remotos para proteger á una sociedad contra las perturbaciones que pretenden destruirla.

El gobierno vencedor comprendió entonces la necesidad de conceder satisfacciones á las legítimas reclamaciones de aquella parte sensata de la nación. Creó un Parlamento encargado de preparar sus leyes y examinar los gastos.

La historia de la Revolución rusa demuestra cómo pudo triunfar un gobierno, cuyos apoyos naturales derrumbábanse poco á poco, con prudencia y constancia, de los más temibles obstáculos. Con mucha exactitud se ha dicho que no se hace caer á los gobiernos, sino que se suicidan.

§ 3.—REVOLUCIONES HECHAS POR LOS GOBIERNOS.  
CASOS DIVERSOS: CHINA, TURQUÍA, ETC.

Los gobiernos combaten casi siempre las revoluciones, sin hacer más. Representando las necesidades del momento y la opinión general, siguen tímidamente á los reformadores, pero no les preceden.

Sin embargo, algunos gobiernos han intentado aquellas bruscas reformas que constituyén revoluciones. La estabilidad ó inestabilidad del alma nacional explica por qué triunfan ó fracasan en sus tentativas.

Triunfan cuando el pueblo, al cual pretende im-

poner el gobierno nuevas instituciones, está compuesto de tribus semi-bárbaras, sin leyes fijas, sin sólidas tradiciones; es decir, sin alma nacional constituida. Tal fué el caso de Rusia en tiempos de Pedro el Grande. Sabido es cómo se ensayó la europeización por fuerza de poblaciones rusas semi-asiáticas.

El Japón constituye otro caso de una revolución hecha por un gobierno, pero fué su técnica y no su alma lo transformado.

Es preciso un autócrata muy poderoso, doblado de hombre genial, para triunfar, aun parcialmente, en tales empresas. Lo más á menudo, el reformador ve alzarse el pueblo entero ante él. Contrariamente á lo que ocurre en las revoluciones ordinarias, el autócrata es entonces el revolucionario, y el pueblo el conservador. Observando con atención, se descubre muy pronto que los pueblos son siempre muy conservadores.

El fracaso representa la regla habitual de estas tentativas. Que se hagan por las clases altas ó las inferiores, las revoluciones no cambian el alma de un pueblo estabilizado durante largo tiempo: no transforman sino las cosas usadas por el tiempo y en trance de caer.

La China hace actualmente la interesantísima experiencia de aquella imposibilidad que tiene un gobierno de renovar con brusquedad las instituciones de un país. La revolución que arrojó la dinastía de sus antiguos soberanos, fué consecuencia indirecta del descontento provocado por las reformas que, con pretexto de mejorar un poco China, había querido imponer su gobierno. La supresión del opio y de los juegos, la reforma del ejército, la creación de escuelas, trajeron como consecuencia

el aumento de impuestos que, tanto como las reformas de por sí, desagradaron en sumo grado á la opinión.

Algunos intelectuales chinos, educados en las escuelas europeas, aprovecharon el descontento para levantar al pueblo y hacerle proclamar la república, institución de la que un chino no tiene noción de su concepto.

Seguramente no podrá sostenerse mucho tiempo, puesto que el impulso que le ha dado origen no es un movimiento de progreso, sino de reacción. La palabra república, para el chino intelectualizado por su educación europea, es, sencillamente, sinónimo de libertad del yugo de las leyes, de los preceptos y de todas las obligaciones seculares.

El joven chino, después de cortarse la coleta, cubrirse la cabeza con una gorra y declararse republicano, piensa entregarse sin freno á todos sus instintos. Es algo, aunque exagerado, de la idea que se hacía de la república una parte del pueblo francés en los momentos de la gran Revolución.

Pronto descubrirá China también lo que llega á ser una sociedad privada de la armadura lentamente edificada por el pasado. Después de algunos años de sangrienta anarquía, le será preciso restablecer un poder cuya tiranía será necesariamente más dura que la del régimen caído.

La ciencia no ha descubierto todavía la varita mágica capaz de hacer que subsista una sociedad sin disciplina. No es preciso imponerla, cuando ha llegado á ser hereditaria; pero cuando se ha permitido que los instintos primitivos destruyan las barreras penosamente edificadas por lentas adquisiciones ancestrales, no puede reconstruirse sino por medio de una enérgica tiranía.

Puede citarse como prueba de estos asertos, una experiencia análoga á la de China, realizada hoy por Turquía. Hace algunos años, jóvenes instruidos en las escuelas de Europa, y llenos de buena voluntad, lograron, con el concurso de varios oficiales, el destronamiento de un sultán, cuya tiranía parecía insoportable. Habiendo adquirido nuestra robusta fe latina en la potencia mágica de fórmulas, imaginaron poder establecer el régimen representativo en un país civilizado á medias, profundamente dividido por odios religiosos y compuesto de razas diferentes.

La tentativa no ha sido feliz hasta el presente. Los autores de la reforma debieron percibir que, á pesar de todo su liberalismo estaban obligados á gobernar con métodos muy semejantes á los del régimen depuesto. No pudieron evitar ni las ejecuciones sumarias ni las matanzas de cristianos, en grande escala, ni remediar siquiera un solo abuso.

Sería injusto reprochárselo. ¿Qué pudieron hacer, en verdad, para transformar un pueblo de tradiciones fijadas durante largo tiempo, de intensas pasiones religiosas, y donde los musulmanes, en minoría, tienen, sin embargo, la legítima pretensión de gobernar con su código la ciudad santa de su fe? ¿Cómo impedir que el islamismo siguiese siendo la religión del Estado en un país donde el derecho civil y el derecho religioso no se hallan delimitados todavía con claridad, y donde la fe al Corán es el único lazo que permite mantener la idea de la patria?

Era muy difícil destruir tal estado de cosas, y por ello fuerza era ver el restablecimiento fatal de una organización autocrática, con un parecido de régi-

men constitucional, es decir, casi el antiguo régimen. Ensayos semejantes constituyen un caso bien claro de la imposibilidad en que se encuentran los pueblos para elegir sus instituciones antes de haber transformado su alma.

§ 4.—ELEMENTOS SOCIALES QUE SOBREVIVEN A LOS CAMBIOS DE GOBIERNO DESPUÉS DE LAS REVOLUCIONES.

Lo que diremos más adelante de la estabilización del alma nacional permite comprender la fuerza de las formas de gobierno, establecidas desde largo tiempo, tales como las antiguas monarquías. Un monarca puede ser fácilmente destronado por conspiradores, pero estos se hallan sin fuerzas contra los principios que el monarca representa. Napoleón, caído, fué sustituido, no por su heredero natural, sino por el de los reyes. Este último encarnaba un principio antiguo, mientras que el hijo del Emperador personificaba solamente ideas todavía mal fijadas en las almas.

Por la misma razón, un ministro, por muy hábil que se le crea, por muy grandes que sean los servicios prestados á su patria, con dificultad podrá destronar á su soberano. El propio Bismarck no lo hubiera logrado. Este gran ministro había hecho él solo la unidad de Alemania; y, sin embargo, su maestro no hubo de hacer sino tocarla con el dedo para que se desvaneciese. Un hombre no es nadie ante un principio sostenido por la opinión.

Pero aun entonces mismo, cuando por diversos motivos el principio que encarna un gobierno se agota con él, como ocurre en los momentos de

la Revolución, todos los elementos de organización de la sociedad no perecen al mismo tiempo.

Si no se conociera de Francia más que sus agitaciones desde hace un siglo, se la supondría viviendo en profunda anarquía. Por el contrario, en su vida económica, industrial, política misma, se manifiesta una continuidad, al parecer, independiente de todas las agitaciones y de todas las formas de gobierno.

Es que al lado de los grandes hechos de que se ocupa la historia, se hallan los pequeños de la vida cotidiana, que no se cuidan de relatar los libros. Están dominados por imperiosas necesidades que no aguardan. Su conjunto forma la verdadera trama de la vida de un pueblo.

Si el estudio de los grandes acontecimientos nos muestra que el gobierno nominal de Francia cambia con frecuencia, los pequeños acontecimientos de la vida diaria prueban, por el contrario, que su gobierno real se ha transformado muy poco.

¿Cuáles son, en efecto, los verdaderos conductores de un pueblo? Los reyes y los ministros, sin duda, en las grandes circunstancias, pero su papel es bien nulo en las pequeñas realidades que forman la vida cotidiana. Las verdaderas fuerzas directoras de un país son las administraciones compuestas de elementos impersonales, á las que jamás alcanzan los cambios de régimen. Conservadoras de las tradiciones, guardan para sí el anónimo y la duración, y sustituyen un poder oculto ante el cual los demás acaban por doblegarse. Su acción ha llegado á ser tal, que, como demostraremos en esta obra, amenaza formar un Estado anónimo más fuerte que el Estado oficial. Francia ha llegado de este

modo á ser gobernada progresivamente por jefes de negociado y de hacienda. Cuanto más se estudia la historia de las revoluciones, más se comprueba que lo único que transforman son los exteriores. Hacer revoluciones es fácil; modificar el alma de un pueblo es muy difícil.

## CAPÍTULO IV

### Papel del pueblo en las revoluciones.

#### § 1.—ESTABILIDAD Y MALEABILIDAD DEL ALMA NACIONAL.

El conocimiento de un pueblo en un momento dado de su historia implica el de su medio, y, sobre todo, el de su pasado. Se puede negar teóricamente ese pasado, como hicieron los hombres de la Revolución y muchos políticos del presente, pero la acción sigue siendo indestructible.

En el pasado, edificado por lentas acumulaciones seculares, se forma el agregado de pensamientos, sentimientos, tradiciones, prejuicios mismos, que constituyen el alma nacional poseedora de la fuerza de una raza. Sin ella, no hay progresos posibles. Cada nueva generación necesitaría volver á empezar.

El agregado que compone el alma de un pueblo no es sólido sino á condición de poseer cierta rigidez, pero esta rigidez no debe traspasar el límite donde la maleabilidad sería imposible.

Sin rigidez, el alma ancestral nunca tendría firmeza alguna, y sin maleabilidad, no podría adaptarse á los cambios del medio resultantes de los progresos de la civilización.